



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

MOISÉS

SU IRA Y LO QUE LE COSTÓ

CONTENIDO

No es tan sencillo	2
El poder de la ira.....	5
Los momentos de ira de Moisés.....	8
<i>Por la injusticia.....</i>	8
<i>Por la rebeldía de Faraón contra Dios</i>	11
<i>Por la idolatría de los hebreos.....</i>	16
<i>Por su decepción de Dios.....</i>	18
<i>Por las quejas de los hebreos.....</i>	20
Lecciones que Moisés tenía que aprender.....	22
<i>Soledad con Dios.....</i>	22
<i>Humildad.....</i>	24
<i>Dependencia</i>	25
<i>Confianza espiritual</i>	26
<i>Compasión.....</i>	28
<i>Rendición de cuentas</i>	30
Fe es la victoria.....	31

MOISÉS: SU IRA Y LO QUE LE COSTÓ

El Moisés de los Diez Mandamientos a menudo se concibe como una leyenda moral más grande que la vida. Pero la persona que hay detrás de la historia es un hombre real que, según la Biblia, se parecía mucho más a nosotros de lo que muchos imaginan. Además de su lucha con la duda sobre sí mismo y la renuencia, Moisés tenía un problema de ira. Y sus explosiones tuvieron graves consecuencias.

¿Quién de entre nosotros no necesita ver la diferencia entre la ira saludable y la rabia ardiente o explosiva que puede causar un verdadero daño? En las páginas siguientes, Bill Crowder, Director de RBC para los Ministerios a las Iglesias, nos ayuda, no sólo a ver al verdadero Moisés, sino también a nosotros mismos.

Martin R. De Haan II

«NO ES TAN SENCILLO»

Will Rogers se dirigió al Congreso durante los primeros días de la Segunda Guerra Mundial. En aquel momento había una gran preocupación por los submarinos alemanes y sus capacidades furtivas. Cuando habló a los líderes de la nación, Rogers los divirtió con la declaración de que había resuelto el problema del submarino alemán. «Todo lo que tienen que hacer —les informó— es hervir los océanos. Cuando el agua se ponga insoportablemente caliente, los submarinos saldrán a la superficie y entonces ustedes los encontrarán».

«¿Y cómo se supone que hirvamos el océano?» —preguntó un congresista. Sin vacilar, Rogers dijo en son de chiste: «Oigan, yo he hallado la solución.

Ustedes se ocupan de los detalles».

Muchos problemas son complejos. El humor de Rogers nos recuerda que no podemos resolver las complejidades de la vida con soluciones simplistas. Los seres humanos son criaturas complejas, y nuestras circunstancias son complejas. Nuestros problemas han de comprenderse en el contexto y la perspectiva correctos:

- Si todo lo que supiéramos de Noé fuera su problema con el alcohol que se menciona en Génesis 9, asumiríamos que era un fracaso total. Sin embargo, Dios lo describió así: «varón justo, era perfecto en sus generaciones» (Génesis 6:9).

Si todo lo que supiéramos de David fuera su adulterio con Betsabé, nunca asumiríamos que fue, durante la mejor parte

de su vida, «un varón conforme a su corazón» [al de Dios]

(1 Samuel 13:14).

- Si todo lo que supiéramos de Saulo de Tarso fuera su esfuerzo de matar a los seguidores de Cristo, nunca esperaríamos que se convirtiera en el autor de la mitad del Nuevo Testamento. Lo mismo sucede con Moisés. Si todo lo que conociéramos acerca de él fuera la ira que de vez en cuando lo consumía, no veríamos qué ejemplo tan importante es para todos nosotros.

Todos tenemos luchas.

Usted y yo conocemos nuestras propias faltas más que nadie. Fuera de la casa puede que demos la apariencia de tener el control. Pero nuestro cónyuge, nuestros hijos y nuestros amigos más cercanos a menudo ven otra cara de nosotros. ¡Qué contentos

podemos estar de que nuestros momentos más embarazosos por lo general los conocen un puñado de personas!

Moisés no fue tan afortunado. Algunos de los momentos más bajos y lamentables de este líder tan educado y capaz se registran en la Biblia para siempre para que el mundo entero los vea. Como resultado de ello, los que se toman el tiempo de leer su historia descubren a un hombre que perdió la paciencia y su mejor juicio en momentos críticos. Parece haber librado una batalla con la ira toda su vida, una lucha que a veces perdió y otras ganó. Sin embargo, a pesar de su debilidad personal, Dios lo usó para:

- Librar a su pueblo del yugo de esclavitud en Egipto.
- Guiar al pueblo de Israel a la identidad nacional.

- Establecer las leyes y las estructuras de una cultura nueva.
- Guiar a los israelitas hasta convertirse en una comunidad comprometida con un Dios por largo tiempo olvidado.
- Aconsejar a toda la nación.
- Guiar con propósito y eficacia ante una gran crítica de parte de su pueblo.

Por cualquier norma de evaluación que se use, Moisés tenía un historial increíble. No obstante, en el curso de su vida, fue afligido con un tendón de Aquiles: la ira. Le siguió los pasos durante su vida entera.

Todos somos vulnerables. Creo que el concepto del tendón de Aquiles es precisamente a lo que el autor de Hebreos, la carta neotestamentaria, se refirió cuando dijo:

...despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante (12:1).

«El pecado que nos asedia» es el problema. Pedro luchaba con su impulsividad, Salomón con una mirada que se desviaba, y Abraham con un espíritu manipulador. ¿Qué es en nosotros? ¿Cuál es esa debilidad que nos asedia tan fácilmente y que amenaza con hacernos tropezar en momentos críticos de nuestra vida?

Para Moisés era evidentemente su ira.

EL PODER DE LA IRA

Hoy parece que estamos más expuestos a la ira y a la rabia que nunca antes.

La violencia doméstica, el abuso conyugal, las guerras de pandillas, los conductores violentos y el asalto personal están aumentando a niveles perturbadores. Los informes de los medios de comunicación indican que los Estados Unidos se han convertido en una «sociedad de rabia», y las estadísticas parecen apoyar esa información.

Sin embargo, los mismos medios que informan de la violencia también la promueven. Los programas de panel tratan de forzar conflictos violentos en la pantalla; las películas y los programas de televisión glorifican las confrontaciones airadas; y los deportes

profesionales no parecen encontrar una manera de frenar la violencia explosiva en el campo que deja a algunos atletas lisiados, pero a los fanáticos pidiendo más.

Otro tiempo y lugar.

No somos la primera cultura que se alimenta de ira y violencia. El antiguo Egipto demostró algunos de los mismos rasgos. Aunque se consideraba ser la sociedad más civilizada y avanzada de su época, era una cultura que alcanzó sus avances por medio de la explotación violenta de trabajadores esclavos, una porción significativa de los cuales eran los hijos de Israel. ¿Cómo sucedió esto?

Durante años, la población hebrea floreció en Egipto bajo la influencia de José, el hijo número once de Israel (Jacob). Pero Éxodo 1:8 afirma que «se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José» y no sentía obligación alguna de

cuidar a la familia de José. Este faraón subyugó al pueblo y lo esclavizó.

De las páginas y los errores de nuestra propia historia conocemos los trágicos y permanentes efectos de una cultura que vive de la esclavitud. La memorable mini serie de televisión titulada Raíces demostró los efectos desmoralizantes y deshumanizadores de la esclavitud en los Estados Unidos desde principios hasta mediados del siglo XIX. Las noticias de la noche ilustran regularmente las consecuencias que quedan de esa tragedia a medida que los Estados Unidos continúan luchando con la tensión racial arraigada en abusos pasados de la esclavitud.

El mismo legado sin duda estaba presente en Egipto tanto en las actitudes como en las acciones:

- Actitudes de desdén entre los egipcios hacia los hebreos esclavizados, y de ira entre los hebreos hacia sus amos.
- Acciones de violencia por parte de los egipcios para mantener el control de esta nación de esclavos, y de rebeldía entre los esclavos porque su vida llegó a ser una rutina muy pesada de ardua labor y sufrimiento.

Durante 400 años, los hebreos soportaron estas condiciones de ser brutalizados y tratados como subhumanos. La ira y la violencia que resultan de la esclavitud son trágicas, pero inevitables.

Cuando sale la ira.

Es interesante notar que la palabra hebrea para «ira» viene de las palabras para «rostro» y «narices». Cualquiera que haya visto a una persona verdaderamente airada entiende por qué. Cuando

la ira se acumula distorsiona nuestra apariencia, una manifestación externa del feroz volcán que hay dentro. La ira que no se controla puede corroer el corazón y afectar el carácter de una persona como pocas otras emociones.

Sin embargo, la ira no es del todo mala. En su forma saludable, propiamente controlada y expresada, puede motivarnos para trabajar por el cambio necesario. Considere la ira de Jesús por la hipocresía de los líderes religiosos de su generación, y la ira de Pablo por el legalismo de los gálatas.

Cuando la ira se controla es como el fuego de una refinería que temple el acero para hacerlo más fuerte. Cuando no se le pone atención es tan destructiva como los fuegos salvajes que se encienden de temporada en temporada en los matorrales de las

colinas del sur de California. Cuando está fuera de control, nuestra ira puede destruirnos... y también a aquellos a quienes amamos.

Eso nos lleva de vuelta a Moisés. ¿Qué hizo con su ira? ¿Lo templó o lo consumió? ¿Cuándo reflejó su ira su propio temor, frustración e impaciencia? ¿Cuándo mostró pasión por los intereses y las inquietudes de Dios?

Para desenmarañar algunas complejidades de la personalidad de Moisés vamos a revisar su vida rápidamente dos veces. Primero consideraremos su aparente tendencia a la ira. Luego miraremos las lecciones que aprendió... a las malas.

LOS MOMENTOS DE IRA DE MOISÉS

Moisés era un líder natural a pesar de que no siempre creyó eso (Éxodo 3:11; 4:10). Fue bendecido con numerosos dones:

- Buena apariencia (Éxodo 2:2; Hechos 7:20)
- Inteligencia (Hechos 7:22)
- Una oportunidad sin paralelo (Hechos 7:22)
- Elocuencia (Hechos 7:22)
- Capacidad de liderazgo (Hechos 7:22)

Ese es un *Curriculum* bien impresionante. No obstante, a quien mucho se le da mucho se le pedirá. Esto es verdad hasta en las mejores circunstancias, y las circunstancias de Moisés no eran de las mejores. Mientras trataba de usar la capacidad de liderazgo que le dio Dios, al mismo

tiempo estaba buscando controlar el fuego agitado de ira que sentía en el vientre por la difícil situación de su pueblo. Aunque Moisés estaba siguiendo la clara dirección de Dios, su ira se encendía de vez en cuando y se hacía cargo del momento. Necesitamos ver estos episodios de ira y reconocerlos por lo que fueron.

La ira de Moisés por la injusticia (Éxodo 2). A la edad de 40 años, Moisés tomó una decisión crítica: decidió no ser identificado con la vida de privilegio en la cual había sido criado, sino con los hebreos esclavizados cuya sangre y herencia compartía (Hechos 7:21; Hebreos 11:24). Esa sería una decisión increíble en cualquier circunstancia, pero se hace incluso más dramática cuando uno ve lo que Moisés dejó detrás:

- **Riquezas.** Él se crió entre la grandeza y la

emoción de la corte del Faraón, y pudo haber continuado viviendo con comodidades materiales.

- **Educación.** «Fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios» y pudo haber recibido todos los beneficios de ser un orador respetado a nivel nacional (Hechos 7:22).
- **Fama.** Durante 20 años había sido un líder militar de mucho éxito. Josefo, el historiador judío, dice que era un general hábil que llevó a Egipto a una victoria sorprendente en una guerra contra Etiopía.

No es de extrañar que Hechos 7:22 diga que Moisés «era poderoso en sus palabras y obras». Imagínese la aclamación y el honor que venían con esos logros. No obstante, increíblemente, Moisés se alejó de todo ello y se convirtió en esclavo.

¿Por qué? El autor de Hebreos dijo que hizo dos juicios críticos de valor:

Escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible (Hebreos 11:25-27).

Es interesante notar que esta perspectiva del Nuevo Testamento describe la respuesta saludable de Moisés a la ira de otra persona. Este pasaje nos dice que Moisés no tenía miedo de enfrentar la ira del ensimismado Faraón, quien crió a Moisés en su propia casa.

Quedarse en la corte de Faraón hubiera dado a

Moisés riquezas y privilegio social, pero sólo por corto tiempo. Habiendo recibido discernimiento de Dios, Moisés vio lo que era crítico en la toma de decisiones: la necesidad de mirar más allá del momento y ver el resultado de la decisión.

Aunque no se acobardó ante la ira de Faraón, Moisés vio más allá del momento. Probablemente podamos asumir que debe haber sentido una ira saludable mientras observaba el maltrato del pueblo esclavizado de Israel.

Lo que sí sabemos es que Dios dio a Moisés la sabiduría para ver que optar por los placeres inmediatos de adopción como nieto de Faraón (riquezas materiales, educación, fama) no merecía compararse con el honor duradero de responder a la desesperada situación de su propia carne y sangre.

Entre los que adoran el éxito material, tal decisión evocaría el ridículo, la burla y un examen de cordura. Sin embargo, aquel era Moisés en su mejor momento. Él tomó la decisión correcta. A pesar de que no pudo haber entendido todo lo que estaba eligiendo en ese momento, dejó el lujoso ambiente del Egipto imperial para sufrir con aquellos que necesitaban su ayuda.

Irónicamente, sin embargo, la ira saludable que Moisés debe haber sentido por sus parientes esclavizados terminó metiéndolo en problemas.

Cuando trató, en su propia fuerza, de auxiliar a uno de sus hermanos hebreos que estaba siendo golpeado por un amo egipcio, se produjo un acontecimiento que cambió su vida. Las emociones de Moisés se apoderaron de él y cometió un crimen pasional: mató al egipcio

y escondió su cuerpo en la arena.

Desafortunadamente, las motivaciones de Moisés no eran totalmente puras. El «por qué» detrás del «qué» no se encuentra en Éxodo. Se descubre en un discurso dado por Esteban en Hechos 7. El análisis de Esteban de las acciones de Moisés nos da la reflexión adicional de que Moisés mató al amo mientras trataba de avanzar como libertador de la nación esclava. Hechos 7:25 dice:

Pero él pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así.

Moisés estaba indudablemente en lo cierto acerca del maltrato del esclavo. Sin embargo, su respuesta revelaba que no estaba preparado para la tarea que tenía por delante. Tal como escribiera Merrill Unger: «Necesitaba

preparación divina, como lo demuestra el que haya matado en su ira a un amo egipcio». Nunca podría lograr aquella liberación por su propia fuerza y astucia, y era vital que aprendiera la lección.

Actuar por cuenta propia en un temerario episodio de ira le costó muy caro. Pasó los próximos 40 años de su vida como exiliado y fugitivo en el desierto de Madián, una posición bien alejada del poder y la autoridad que tuvo un día. Algunos dicen que «la vida empieza a los 40 años», pero Moisés debe haber pensado que su vida acababa de terminar.

La ira de Moisés por la rebeldía de Faraón contra Dios (Éxodo 11:8).

Habían pasado 40 largos años en las tormentas de arena del desierto. Moisés había sido humillado en el desierto. Ahora estaba a punto de enfrentarse a un nuevo desafío. Dios estaba a

punto de llevarlo de nuevo a la corte de Faraón.

El momento decisivo tuvo lugar en el desierto. Dios sorprendió a Moisés hablándole desde una misteriosa zarza ardiente (Éxodo 3-4). Desde la zarza, Dios dijo a Moisés que lo iba a usar para sacar a Su pueblo de Egipto.

A Moisés no le pareció una buena idea. Él se acordaba de su último esfuerzo de ser héroe. Sin embargo, debido a la conversación que tuvo en la zarza ardiente, Moisés se dio cuenta de que no tenía más opción que volver al lugar del cual había huido.

Imagínese el desasosiego interior que Moisés debe haber sentido cuando regresaba al lugar donde pasó los primeros 40 años de su vida. Las cosas eran diferentes esta vez. Moisés ya no llevaba puesto el atavío de Egipto, ni lo preparaban para la grandeza.

Ahora llevaba puestas las ropas simples de un pastor nómada para exigir al hombre más poderoso de la tierra que dejara ir a la fuerza laboral de Egipto.

Esta vez Moisés no actuó en su propia fuerza. Más bien sabía que si quería lograr algo, sería sólo a través del poder de Dios.

¿Cuál era la parte de Moisés? Su responsabilidad era confiar en Dios lo suficiente como para ponerse de pie en la corte egipcia y decirle a Faraón lo que Dios le había dicho que dijera. Él no tenía que lograr la liberación, pero sí tenía que creer a Dios y hacer su parte.

El plan de Dios era llevar a cabo una serie de intervenciones sobrenaturales, plagas que atacarían el corazón espiritual de Egipto. Cada uno de los milagros hechos por medio de las plagas tenía una correlación directa con la religión de Egipto,

la cual se basaba en la naturaleza. El único Dios demostraría su autoridad como Creador haciendo que Su creación se burlara de la idolatría del Egipto politeísta.

Para el momento en que se terminara aquella exhibición de lo sobrenatural, no habría duda en la mente de Moisés de que podía confiar en que Dios iba a satisfacer las exigencias de los días difíciles que le esperaban. Habiendo testificado del poder de Dios, los hebreos podían tener esperanza en un futuro con el que nunca antes se habían atrevido a soñar.

Note cómo las plagas expresaban la justa ira de Dios hacia los ídolos y hacia los dioses falsos de Egipto:

1. El Nilo se convirtió en sangre (Éxodo 7:14-25).

El Nilo era el centro de la religión egipcia y el elemento vital de la agricultura de la nación.

Los dioses Apis y Osiris presuntamente protegían el río.

2. Enjambres de ranas

(8:1-15). En Egipto, Heqet, el dios rana, era un símbolo de fertilidad y resurrección.

3. El polvo se volvió piojos

(8:16-19). La palabra hebrea para piojos, kinnim, se refiere a los mosquitos.

4. Moscas (8:20-32). La

naturaleza exacta de esta mosca no se conoce bien, pero algunos comentaristas creen que era la mosca perro, un insecto chupasangre que ponía huevos en otras criaturas y tenía un apetito voraz, atacando a todo hombre e infligiendo dolorosas heridas. Khepri, representado por el escarabajo, era el dios insecto que demostró ser impotente para la tercera y cuarta plagas.

5. **Pestilencia** (9:1-7). Esta era una enfermedad fatal para el ganado, el cual también se consideraba sagrado y presuntamente estaba protegido por el dios buey Apis y la diosa vaca Hat-hor.

6. **Úlceras** (9:8-12). Estas dolorosas llagas fueron consideradas un fracaso de Thot, su dios personal de sanidad.

7. **Tormenta y granizo** (9:13-35). Esta plaga destruyó las cosechas y el suministro de alimentos. Nut, la diosa del cielo, no pudo detener este desastre climatológico.

8. **Langostas** (10:1-20). Una langosta se puede comer su propio peso diariamente, y se han registrado enjambres de unas 103.500 hectáreas (un enjambre de 258 hectáreas solamente podría contener de 100 a 200 millones de langostas). Osiris,

el protector de la agricultura, quedó como un dios ineficaz en esta plaga.

9. **Tinieblas** (10:21-29).

Ra, el dios sol de Egipto, fue el dios burlado por esta plaga, una plaga de tinieblas tan densa que se podía sentir.

10. **Muerte de los**

primogénitos (hombres y animales) (11:4-5; 12:29,30). Esta plaga marcó el fracaso del mismo Faraón, el cual se consideraba ser un dios. No tuvo poder para detenerla, e incluso hasta perdió a su propio primogénito.

Este fue el golpe final contra la idolatría de Egipto.

Dios ejecutó su propia ira justa tanto en Faraón como en los dioses de Egipto. El Dios de los hebreos demostró que Él era en verdad el único Dios verdadero con poder y autoridad sobre toda

la creación, y que usaría cualquier medio necesario para obtener la libertad de su pueblo.

No obstante, incluso con el sufrimiento generado por estas plagas, Dios exhibió la profundidad de su misericordia. Proporcionó una manera de escape para la última plaga. Se dio la advertencia de que los primogénitos no tendrían que morir, siempre y cuando un sustituto muriera por ellos.

El primogénito viviría si se sacrificaba un cordero sin falta y se colocaba su sangre en los postes de la puerta de la casa. En esas casas, el ángel de la muerte «pasaría por encima». (La fiesta judía de la pascua empezó para recordar a Israel este acontecimiento.) No es de extrañar que el autor de Lamentaciones escribiera: «Nuevas son cada mañana [las misericordias del Señor]; grande es tu fidelidad» (3:23). Incluso

en medio del juicio divino, Dios demostró la fidelidad de su misericordia.

Sin embargo, la gran tristeza por los juicios sobre Egipto es que no tenían que haber sucedido. Dios es misericordioso y un Dios de amor, y proporcionó una manera para que Egipto evitara el juicio. Pero Faraón endureció su corazón contra las advertencias de Moisés... y vino la calamidad. Fue esta rebeldía la que provocó la ira de Dios y lo que causó la ira de Moisés, el cual respondió al duro corazón de Faraón con esta enigmática profecía de los resultados de la plaga final:

Y descenderán a mí todos estos tus siervos, e inclinados delante de mí dirán: Vete, tú y todo el pueblo que está debajo de ti; y después de esto yo saldré. Y salió muy enojado de la presencia de Faraón (Éxodo 11:8).

Esta vez, la ira de Moisés era sana. Su ira contra Faraón reflejaba la desaprobación de Dios, y la tragedia resultante devastó a una generación egipcia. Dios mostró su poder sobre los dioses de Egipto. Utilizó una serie de plagas para romper la mano de hierro que tenía Faraón sobre los hijos de Israel. Por último, por el poder de Dios, una nación esclava escapó de las fronteras y del ejército de Egipto. Pero los desafíos que encontró Moisés estaban muy lejos de terminar.

La ira de Moisés por la idolatría de los hebreos (Éxodo 32:19). Después de estar unas cuantas semanas en el desierto, Dios llamó a Moisés para que fuera a la cima de una montaña rocosa desierta llamada Sinaí. Mientras el pueblo de Israel esperaba abajo, Dios escribió sobre dos tablas de piedra sus leyes para una nueva sociedad.

Mirando atrás podemos ver algo de lo que Dios estaba haciendo. Para que una nación funcione de manera ordenada, debe haber un sistema de leyes. Sin embargo, para Israel, el valor de estas leyes aumentaba dramáticamente por el hecho de que ellos no eran sólo una nación de personas: eran el pueblo de Dios. Las leyes de Dios obedecidas por el pueblo de Dios debían demostrar la bondad de Dios al mundo.

Las leyes de la nueva sociedad fueron resumidas en 10 reglas que indicarían si ellos estaban mostrando amor a Dios y a los demás.

Una violación inmediata (Éxodo 32:1-14). Por importante que fueran esas leyes, el pueblo de Israel las estaba quebrantando incluso al momento de recibirlas. Los primeros cuatro de los Diez Mandamientos exigían una adecuada adoración

a Dios. No obstante, mientras Moisés se encontraba postrado sobre su rostro adorando al Dios invisible desde la cima del Sinaí, su hermano Aarón estaba en la parte de abajo haciendo un becerro de oro para los corazones de piedra del pueblo.

Es difícil creer lo rápidamente que los israelitas perdieron de vista la realidad. ¿Cómo podía reducirse el Dios invisible que demostró su poder sobre el mundo visible y material a través de las plagas, la apertura del mar Rojo y la provisión diaria de alimento y agua, a un ídolo fabricado humanamente? Igual que la representación del paganismo que se encuentra en Romanos 1:18-23, ellos se habían vuelto a adorar a la criatura y no al Creador.

Sus acciones revelaban lo poco que habían aprendido. Incluso cuando Dios estaba hablando a Moisés en la

montaña, los hebreos se estaban corrompiendo en la llanura de abajo, y había llegado el momento de pagar el precio. Moisés estaba furioso.

Regreso a la ira (Éxodo 32:15-30). Es importante que veamos con los ojos de Moisés los acontecimientos que siguieron. Él acababa de pasar 40 días en comunión con Dios. Moisés no había visto nada más excepto lo que era puro y santo. Pero cuando bajó de la montaña experimentó un choque cultural. El adulterio religioso que Moisés vio al pie de la montaña profanaba la relación con Dios que lo había rodeado.

¿Cómo respondió Moisés? Lo que el general Josué pensó que eran los ruidos de la guerra, el profeta Moisés lo reconoció como el tumulto del pecado. Probablemente sintiera una variedad de emociones que

incluían temor, frustración y desesperación. Sus acciones también indicaban que estaba dominado por la ira. En un acto de aparente furia, Moisés rompió las tablas sobre las cuales Dios había gravado las leyes que su pueblo ahora estaba quebrantando. En lo que parece haber sido una expresión constande de una ira ardiente, destruyó el becerro de oro e hizo que 3.000 adoradores tomaran de su residuo triturado.

La primera mitad de su reacción es perturbadora. No puede haber duda de que la idolatría de Israel merecía una firme respuesta. Pero destruir las tablas de la ley escritas por el dedo de Dios parece la expresión de alguien que ha perdido la paciencia. Por comprensible que sea que él estuviera airado con la nación, parece difícil justificar su acción de romper las tablas que

Dios había grabado con su propia mano.

¿Qué exhibición visual aquella! Su dios falso (el becerro de oro) no pudo salvarse de Moisés; mucho menos salvar al pueblo de la ira de Dios a causa de su idolatría.

¿Podía ser también que Dios usara el temperamento de Moisés para decirnos algo sobre la ley que estaba dando? A pesar de lo importante que es la ley para mostrarnos lo que es una correcta relación con Dios, la ley no puede salvar a los que la violan. Una ley quebrantada puede condenar, pero no puede salvar.

La ira de Moisés por su decepción de Dios (Números 11:10). El viejo dicho muchas veces resulta ser verdad: «Cuidado con lo que pides, porque lo podrías recibir». Después de creer que había sido escogido para guiar a los israelitas,

después de fracasar en su propia fortaleza, y luego de triunfar en la fortaleza de Dios, Moisés era el líder. Sin embargo, este «sueño hecho realidad» se convirtió en una carga que no sólo no deseaba, sino por la cual parece haberse enojado con Dios. Note la descripción que aparece para revelar la frustración de Moisés y la ira de Dios:

Y Moisés oyó llorar al pueblo, por sus familias, cada uno a la puerta de su tienda; y la ira del SEÑOR se encendió en gran manera, y a Moisés no le agradó. Entonces Moisés dijo al SEÑOR: ¿Por qué has tratado tan mal a tu siervo? ¿Y por qué no he hallado gracia ante tus ojos para que hayas puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Acaso concebí yo a todo este pueblo? ¿Fui yo quien lo dio a luz para que me dijeras:

«Llévalo en tu seno, como la nodriza lleva al niño de pecho, a la tierra que yo juré a sus padres»? ¿De dónde he de conseguir carne para dar a todo este pueblo? Porque claman a mí, diciendo: «Danos carne para que comamos.» Yo solo no puedo llevar a todo este pueblo, porque es mucha carga para mí. Y si así me vas a tratar, te ruego que me mates si he hallado gracia ante tus ojos, y no me permitas ver mi desventura (Números 11:10-15).

La palabra clave en este texto se encuentra en el versículo 10, donde se dice que «a Moisés no le agradó». La misma palabra se encuentra en el versículo 1, pero en realidad es mucho más fuerte. En el versículo 1, a Dios tampoco le agradó (literalmente, «fue malo a sus oídos») y el resultado fue su intensa

ira. En el versículo 10 las palabras *no le agradó* son tan similares (literalmente, «malo a la vista de») que parecería que Moisés estaba reflejando el airado desagrado de Dios.

No obstante, es significativo notar que la justa ira de Dios fue incitada contra la falta de fe de los hebreos, pero la ira de Moisés estaba dirigida al mismo Dios. En la raíz de su ira había una frustración pura, no adulterada. ¿Por qué? Porque una vez más, Moisés había regresado a intentar liderar en su propia fuerza, y la presión era abrumadora.

La ira de Moisés por las quejas de los hebreos (Números 20:8-11). Después de 38 años de liderar a un pueblo obstinado por el desierto, Moisés fracasó otra vez. Lo que vemos es la ira de Moisés, y esta vez no era un reflejo

de Dios. Era frustración humana. Es como la mujer con la calcomanía en el parachoques que dice: «Sólo me queda un nervio, y estás empezando a alterarlo». Moisés estaba harto, y no le importaba quién se enteraba.

En Números 20, el pueblo se quejó otra vez, y otra vez fue por falta de agua. Una vez anteriormente, Dios había dado instrucciones a Moisés para que golpeará una roca de manera que tuvieran agua (Éxodo 17:6). Sin embargo, esta vez sólo tenía que hablar a la roca. Pero en su ira, Moisés desobedeció. Demostró su frustración con el pueblo llamándolos «rebeldes». Junto con Aarón, él reclamó el crédito por el agua milagrosa cuando dijo: «¿Sacaremos agua?» Y entonces Moisés golpeó la roca por segunda vez (Números 20:8-11).

El *Expositor's Bible Commentary* lo dice así:
Entonces, finalmente,
¡Moisés explotó!
¿Se desanimó porque
el Señor no se había
pronunciado contra su
pueblo, como había
sucedido una y otra
vez? Moisés se enojó
con ellos —y con la
roca— para lamentarlo
durante mucho tiempo...
En su rabia Moisés
desobedeció las
claras instrucciones
del Señor de que le
hablara a la roca.

En el relato de este
acontecimiento registrado
en el Salmo 106:32-33, el
corazón airado de Moisés
quedó plenamente expuesto.
Una traducción de la Biblia
(*La New English Translation*)
dice así: «Lo enojaron por
las aguas de Meriba, y
Moisés sufrió a causa
de ellos, pues ellos
provocaron su carácter y
él habló duramente».

¡Qué trágico! Parece que
Moisés había vuelto a donde
empezó, presentándose a sí
mismo como la respuesta a
las necesidades del pueblo
en vez de Dios, tal como
lo hizo cuando mató al
amo egipcio.

Para Moisés, la batalla
con la ira no era una lucha
de un día, una semana
ni un año, sino de toda
una vida. Y le costó muy
caro. La misión de su vida
fue terminada justo antes
de llegar a la meta. Perdió
el privilegio de guiar a
los hijos de Israel a la
Tierra Prometida.

LECCIONES QUE MOISÉS TENÍA QUE APRENDER

En años recientes he tenido el privilegio de enseñar a pastores en la antigua Unión Soviética. Muchos de esos pastores tenían mucho discernimiento y comprensión, pero las clases que yo impartí fueron el primer adiestramiento formal que recibieron.

No debería sorprendernos que Dios sea tan creativo. Él no está limitado a nuestras ideas de «educación superior»:

- David fue capacitado como pastor, pero designado rey de Israel.
- Los discípulos fueron capacitados como pescadores, pero llamados a ser apóstoles y evangelistas.
- Pablo fue capacitado como rabí judío, pero

llamado a evangelizar a los gentiles.

Por las significativas lecciones que Dios quería enseñar a Moisés, la gracia y paciencia del Señor obrarían una y otra vez en su vida: moldeándolo, enseñándole. ¿Cuáles fueron esas lecciones? Si examinamos la vida de Moisés veremos las lecciones que Dios deseaba que él aprendiera: un camino más honorable que el que Moisés andaba en sus infrecuentes explosiones de ira.

LECCIÓN N.º I Soledad con Dios

No sólo fueron David, Pablo y los Doce usados grandemente por Dios, sino que estos hombres todos tenían una cosa en común: fueron entrenados para servir pasando cantidades significativas de tiempo a solas con Dios.

Hay mucho que aprender en las aulas de clase del

desierto y la experiencia de soledad con Dios que ofrecen. Es allí donde empezamos a comprender lo grande que es Dios y cuánto dependemos de Él. En el desierto comenzamos a descubrir la alternativa a las maneras airadas y autoprotectoras.

Para Moisés, el aula de clase del desierto fue la tierra de Madián, una porción de la península del Sinaí. Era un área montañosa con algo de pasto para los rebaños de los nómadas. Moisés había llegado allí a causa de su huída de Egipto, la consecuencia de asesinar al amo egipcio. No obstante, ¡qué maravilloso es que Dios haya tomado esta experiencia en el desierto y la hiciera obrar para bien en la vida de Moisés! El tiempo de exilio se convirtió en una época de preparación, capacitación y desarrollo espiritual.

Fue en esta tierra con estas personas que Moisés encontró refugio y paz. Igual que los hebreos, los madianitas eran descendientes de Abraham. Se hicieron amigos de este «hombre sin tierra» y le dieron un hogar, una familia y una vida. Moisés se había alejado mucho de las cosas que había llegado a considerar su destino. Fue aquí, en esta vida sencilla, que Moisés comenzó a aprender las lecciones que Dios deseaba enseñarle.

Recuerde que Moisés se había criado en las escuelas de Egipto, las cuales estaban arraigadas en el politeísmo. Sin embargo, los madianitas eran monoteístas y seguían comprometidos con el Dios de Abraham. Jetro, quien se convirtió en el suegro de Moisés, era el sacerdote de Madián (Éxodo 2:15-22; 3:1).

Es probable en este momento de la historia que

Madián fuera el único lugar donde Moisés podía haber aprendido sobre Dios... y ahí fue donde Dios lo llevó. En el terreno de capacitación del desierto, Moisés iba a conocer a Dios.

Dios no sólo es consciente de lo que necesitamos para nuestro desarrollo espiritual, sino que es capaz de proporcionarlo. No sólo es capaz de proporcionarlo, sino que no descansa hasta que lo logra. Supongo que hubo momentos en que Moisés sacudió la cabeza y se preguntó: «¿Cómo fue que llegué hasta aquí?» Me lo puedo imaginar porque yo mismo he pensado esas cosas, muchas veces, a medida que Dios ha seguido revelando su plan para mi propio adiestramiento espiritual.

LECCIÓN N.º 2

Humildad

En Hechos 7:25, Esteban dijo que Moisés sabía que

él había de ser el libertador de Israel. Había matado al egipcio en su intento de librar a su pueblo de Egipto en su propia fortaleza. Había procurado ser el libertador sin pensar para nada en Dios. Pero, ¿dónde terminó después de su fallido intento de liderazgo? Mire cuánto había caído:

- No estaba en un palacio, sino en un desierto (humillante).
- No estaba dirigiendo una nación, sino apacentando ovejas (muy humillante).
- No estaba al servicio del gran Faraón, sino al servicio de su suegro (radicalmente humillante).

Aquella no era una «escuela bíblica para las vacaciones». Moisés pasó 40 largos años en el desierto aprendiendo a tener comunión con Dios, escapando de los valores falsos y las ideas peligrosas de Egipto, y discerniendo las

verdades que sus padres y Jetro le habían enseñado.

Cuando Dios llamó a Moisés al final de esos años, ¿qué había aprendido? Había aprendido a contentarse con la humilde tarea de pastor. Había aprendido su propia fragilidad. Había empezado a aprender mansedumbre en la dura vida del desierto (Números 12:3).

LECCIÓN N.º 3

Dependencia

Después de años de preparación, Moisés estaba listo para la tarea. La humillación del gran hombre de Egipto era parte vital de la capacitación de Moisés para el liderazgo, y Dios estaba detrás de todo ello, equipando a su hombre para el servicio.

Una vez había llegado el momento de liberación, Dios se preparó para responder a los clamores del pueblo bajo yugo (Éxodo 2:23-25), y llamó a Moisés, quien para

entonces tenía 80 años, a la obra para la cual había nacido. Mientras apacentaba el rebaño, Moisés vio una zarza que ardía, pero no se quemaba (Éxodo 3:1-2). Aquello era algo asombroso, y Moisés se sintió apremiado a investigar. Entonces vino la primera prueba para él: ¿era lo suficientemente humilde?

Indiscutiblemente, la respuesta fue Sí. Al mandato de Dios, Moisés se humilló y se quitó el calzado. Después de todo este tiempo le ofrecieron el trabajo de sus sueños, pero él lo declinó una y otra vez. ¿Por qué? Porque ahora se sentía incapaz de hacerlo. Cuarenta años viviendo con ovejas le enseñaron lecciones de humildad que él necesitaba aprender, y lo demostró dándole a Dios un repaso miserable de sus faltas, no un *Curriculum* de sus gloriosos logros (Éxodo 3-4).

¿Podía éste ser el mismo Moisés que era «poderoso

en palabras y obras»? Moisés estaba diciendo: «Yo no soy nadie. No tengo todas las respuestas. No tengo significación alguna. Mis mayores habilidades no tienen valor». Eso, definitivamente, no era lo que Moisés pensaba 40 años antes. El tiempo de capacitación lo había empleado bien. En lugar de confiar en su propia fortaleza y sabiduría, Moisés ahora se apoyaba en Dios, y eso marcaría toda la diferencia.

El Señor había preparado a Moisés durante 80 años, y lo iba a usar para sacar a su pueblo de la esclavitud y llevarlo a la Tierra Prometida. Jehová había invertido cuidadosa y pacientemente en Moisés, y Moisés era más humilde. Igual que un alfarero trabajando el barro, Dios había trabajado en este hombre. Recuerde: «...el que comenzó en vosotros la

buen obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús» (Filipenses 1:6).

LECCIÓN N.º 4

Confianza espiritual

Moisés confrontó a Faraón en la fortaleza de Dios y llegó a ser Su instrumento para librar a los hijos de Israel. Me imagino el gozoso alivio que fue para ellos dejar atrás 400 años de dolor y esclavitud.

Desafortunadamente, el gozo duró poco. Poco después de que empezaran su éxodo, los hebreos comenzaron a mostrar a Moisés cómo es en verdad la presión. Y para colmo de males, Faraón estaba empezando a lamentar el haber renunciado a su fuerza laboral.

La situación llegó a un punto culminante en las costas del mar Rojo cuando Moisés se convirtió en la cuerda humana de una lucha titánica. ¿Cómo enfrentó la

presión? Por medio de una confianza en el Dios que lo había llamado, equipado y concedido el asegurar la libertad para su pueblo. La confianza de Moisés estaba basada en su...

Confianza en que Dios le había guiado hasta este punto. Por aterrador que fuera, Dios los condujo dándoles una señal visible. Aunque Él es el Dios invisible, se les apareció en forma de una columna de nube de día y una columna de fuego por la noche (Éxodo 13:21-22). Adondequiera que se movía la nube o la columna de fuego, también se movía el pueblo. Eso incluyó las costas del mar Rojo con los ejércitos de Faraón muy cerquita de ellos.

Confianza en que Dios seguía siendo superior a las circunstancias. Moisés había aprendido con lo de las plagas. Dios había derrotado a los dioses falsos

de Egipto, las fuerzas de la naturaleza y la obstinación de Faraón de liberar a su pueblo del yugo. Sería razonable asumir que su desafío no estaba más allá de su capacidad.

Confianza en que Dios todavía quería liberarlos. Después de todo lo que Dios había hecho para sacarlos de Egipto, el pueblo todavía no creía que Él los protegería. Habían escuchado hablar de una zarza ardiente que habló de su promesa de libertad. Pero escucharon la historia de segunda mano. Sin embargo, Moisés fue quien recibió la promesa directamente y tenía buenas razones para creer que Dios todavía quería cumplirla.

Pero el pueblo no captó la fe de Moisés... y la presión aumentó. Cuando los ejércitos de Faraón se les vinieron encima, mostraron una falta total de confianza en Dios,

a pesar de las plagas poderosas y sobrenaturales que Él usó para rescatarlos. Preguntaron si Moisés los había llevado al desierto a morir (Éxodo 14:11). Cuestionaron su tan buscada libertad y concluyeron que no era todo lo que pensaron que sería. Creyeron que estaban mejor como esclavos vivos que como hombres libres muertos (v.12).

¿Cuál era su problema? Habían perdido la perspectiva. Lo que había en el centro de su queja era una combinación de temor a lo desconocido y falta de foco futuro. Miraron atrás a lo que conocían y asumieron que tenía que ser mejor que el futuro desconocido.

Moisés respondió a la presión desafiando al pueblo a que tuviera confianza en Dios como él había aprendido a tenerla. Dios, quien haría para ellos un camino en el desierto, les hizo una autopista por

el mar Rojo al tiempo que bloqueó el avance de los ejércitos de Faraón. Antes se encontraban oprimidos por dos problemas inconquistables. Ahora sólo quedaba el cuidado protector de Dios. Y Dios, no sólo hizo un camino a través del mar Rojo, sino que echó las aguas sobre los egipcios eliminando así la amenaza completamente.

La lección de confianza espiritual aprendida en la zarza ardiente y en la corte de Faraón se había arraigado profundamente en el corazón de Moisés. Y en un momento clave de crisis, esa confianza lo sostuvo en el peligro del momento.

LECCIÓN N.º 5: Compasión

La ira de Moisés con el pueblo que adoraba al becerro de oro parece ser la misma ira que lo llevó a matar al amo tantos años antes. Pero, si lo

analizamos un poco más, vemos un elemento en su ira en aquella ocasión que es impresionante. ¡Su ira estaba mezclada con compasión! ¿Cómo lo sabemos? Note lo que sucedió cuando Moisés dejó a la gente y volvió a la montaña a la presencia de Jehová:

Y sucedió que al día siguiente dijo Moisés al pueblo: Vosotros habéis cometido un gran pecado, y yo ahora voy a subir al Señor, quizá pueda hacer expiación por vuestro pecado. Entonces volvió Moisés al Señor, y dijo: ¡Ay!, este pueblo ha cometido un gran pecado: se ha hecho un dios de oro. Pero ahora, si es tu voluntad, perdona su pecado, y si no, bórrame del libro que has escrito.

En esta situación, la ira de Moisés era muy diferente de aquella exhibida años antes en Egipto. Efesios 4:26

nos desafía a airarnos y no pecar.

Hay un momento para la ira: cuando a Dios no se le honra. Esa no es la ira de los planes personales. Es la ira que se consume con el honor de Dios. Es la misma clase de ira que hizo que Jesús tomara un látigo y limpiara el templo deshonrado en Jerusalén (Juan 2:13-17).

La pureza de esta ira se ve en lo que Moisés hizo después: intercedió por esas personas, hasta el punto de ofrecerse a sí mismo a Dios como sustituto por la nación pecadora. Esa dramática oferta demostró lo diferente que era su ira y cuánto había cambiado Moisés. Ya no era el hombre arrogante de Egipto ni el hombre quebrantado del desierto. Ahora era el hombre que Dios necesitaba que fuera: consumido con la bondad de Dios y preocupado por el pueblo de Dios.

Es un equilibrio que viene a una vida que ha aprendido a adorar en la presencia de Dios por la norma de Su Palabra. Moisés intercedió por aquellos que habían pecado tan dramáticamente. Había aprendido lo que era la verdadera compasión, y había colocado esa compasión en el altar del sacrificio para el pueblo, a pesar de que ellos habían pecado terriblemente contra la santidad de Dios.

LECCIÓN N.º 6: Rendición de cuentas

Vimos en Números 20 que Moisés se enojó con el pueblo porque ellos se quejaron de la falta de agua. Airado, golpeó la roca cuando Dios había dado instrucciones claras de que le hablara a la roca.

Parece una cosa tan pequeña, ¿verdad? ¿Cuánta diferencia hay entre hablar y golpear? Era sólo una roca.

Pero a los ojos de Dios, la diferencia era enorme. Era una exhibición de poder por parte de Moisés, una declaración de que de alguna manera, él tenía el poder de sacar agua para el pueblo. En su ira, Moisés intentó tomar para sí la gloria que debió haber sido para Dios, el verdadero proveedor para todas las necesidades de su pueblo.

Y luego vinieron las consecuencias: así como hubo consecuencias en la vida de Moisés por haber matado al amo; así como hubo consecuencias en la negativa de Faraón de atender las advertencias sobre las plagas que Dios envió a su nación; así como hubo consecuencias por la idolatría en el Sinaí.

Por no dar la gloria a Dios, Moisés deshizo años de servicio en un instante y Dios le prohibió entrar en la tierra de la promesa que ahora se podía ver. Después

de décadas de esperar para conducir a su pueblo en la Tierra Prometida, ese privilegio pasaría de Moisés a otro. ¡Qué final tan triste!

En la película *The Natural* [*Lo natural*], Roy Hobbs es un joven con una ilimitada capacidad para jugar béisbol y que va camino a las grandes ligas. Entonces, en un instante, una decisión loca lo arruinó todo. Años después, desde una cama de hospital, él explica su vida desperdiciada a su novia de la niñez con estas profundas palabras: «Hay errores por los que nunca se acaba de pagar».

Esa es la naturaleza de las decisiones que tomamos ...y sus consecuencias. Nuestras vidas se elevan, caen y vuelven sobre nuestras decisiones, y a menudo no vuelven a ser lo mismo debido a esas decisiones. Las decisiones pueden ser bien planificadas

o espontáneas, pero los resultados siempre parecen durar más que las decisiones mismas. Las decisiones de Moisés, que tantas veces estaban unidas a la ira, finalmente le robaron su sueño de 80 años.

FE ES LA VICTORIA

Se cuenta la historia del director de una escuela a quien ignoraron para un ascenso. ¿Su argumento? «Tengo 25 años de experiencia». Pero el superintendente le contestó: «No, José. Tienes un año de experiencia 25 veces». Para Moisés, igual que Pedro caminando sobre el mar de Galilea, había una gran seguridad siempre y cuando sus ojos estuvieran enfocados en su Señor. En el momento en que se distrajera por los problemas

o las personas a su alrededor, estaba en peligro de apoyarse en sí mismo... y de caer en la vorágine de la ira frustrada.

Primera de Juan 5:4-5 dice: «Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe». No podemos hacerlo solos. Necesitamos al Señor desesperadamente.

Si usted no conoce a este Señor, sólo hay un lugar donde empezar. La Biblia nos dice que reconozcamos nuestras faltas, fragilidad y pecado, y nos apoyemos en Jesucristo y su sacrificio en la cruz para obtener perdón. La vida de fe empieza con la fe que cree a Dios para salvación. Confíe en Él hoy.

Si es creyente, no pierda de vista su dependencia en Dios. La única respuesta para la ira se ve en el ejemplo de Cristo, el cual se humilló en obediencia al plan y propósito del Padre

(Filipenses 2:8). Hemos de tener la mente de Cristo (v.5) actuando en humildad, no con agresividad ni ira. Cuando Moisés fue humilde fue útil a Dios. Cuando su ira se apoderó de él deshonoró a Dios.

¡Ojalá que aprendamos de los ejemplos de Moisés!, tanto los buenos como los malos, a humillarnos bajo la poderosa mano de Dios (1 Pedro 5:5-6)!